

vizconde, contestó Jorge, yo no tengo mas que una, pero vale como cuatro.

Al decir esto Jorge se descubrió bruscamente, y apareció armado de un revolver americano de cuatro tiros, cuyos cañones se dirigian casi á buen tiro sobre el pecho de su compañero de camino.

XIV

ESPLICACION.

—Bajad vuestra arma, os lo ruego, señor, dijo el vizconde, á quien el peligro inmediato parecia volverle su sangre fria, voy á retirar mi mano desarmada y á abrochar mi capa.

—Cuidad de hacer de antemano como decís, señor, respondió Jorge políticamente; que vea vuestra mano desarmada, y yo tendré el placer de volver á su puesto mi revolver.

Enrique de Villiers retiró su mano de prisa y abotonó su capa, Jorge volvió á su antiguo puesto la pistola.

—En buena hora señor vizconde, dijo él. Notad que yo no creo que hubiéseis hecho uso de vuestra arma; teneis necesidad de mí, y bien lo sabeis.

—En qué ó para qué tengo tanta necesidad de vos? preguntó M. de Villiers que respiró ya libremente, porque á la vista del *revolver* de Jorge, le habia venido la idea de que sin duda se encontraba cara á cara con el mismo Rosen.

—Me necessitais, le replicó Leslie simplemente, porque si rehuso contestar á dos ó tres preguntas que me vais á hacer, sois muerto.

—Ciertamente, señor Leslie.

Aun hay mas: suponed por un momento que me hubiéseis volado la tapa de los sesos hace un instante, estábais perdido entonces.

—Eso entra en mis miras, señor vizconde, ved; á la hora que es, Rosen os conoce por él mismo y por un hombre que jamás lo ha desobedecido.

—He creido ver, balbuceó Enrique; quien se ocultó bajo el grueso forro de su capa, cuando salió del hotel de Boistrudan.

—Habeis visto bien, señor vizconde.

—Entonces vos sabeis lo qué ví?

—Dos ojos ardientes bajo la sombra de un capuchon.... El hombre estaba al pié de las gradas cuando yo las habia bajado.

—Era Towah el indio?

—Era Towah.

—Y Rosen está en Paris?

—Rosen estuvo á diez pasos de Towah. A este interrogatorio siguió el silencio.

La mirada amenazadora del vizconde, cubrió á Jorge Leslie.

—Habeis estado; fué pero solo en el instante que tuve la idea de ser el mayor? preguntó este.

—Sí, respondió Enrique.

—La teneis aún.

—No he reunido mis recuerdos..... el mayor es mas grande que vos.

—No mucho, interrumpió Jorge que sonreia.

—Y además, en vuestros ojos, en vuestra frente.... No se nota cicatriz alguna.... Es imposible.

—Sabed!, interrumpió Jorge, por segun-

da vez; no hay cicatriz, ni en los ojos ni en la frente de Rosen.

Nuevo silencio siguió.

Algunos ruidos vagos comenzaban á oírse que venían de la ciudad, entre el soplo del viento.

—Estoy seguro de no ser vos el conde Alberto de Rosen, dijo finalmente M. de Villiers.

—Teneis razon, pero callais el verdadero motivo que os hace estar seguro de ello.

—Qué motivo?

—Desde lo bajo del cerrillo, hasta su cumbre, pronunció lentamente Jorge Leslie, no hemos encontrado á nadie.... he andado á vuestro lado.... y aun existís.

—Suponeis al conde capaz de un asesinato? murmuró Enrique con voz vacilante.

—En la posicion en que os hallais, cara á cara uno de otro, el conde Alberto os matará como á un perro donde quiera os encuentre.

—Es rico? preguntó Enrique.

—Es muy pobre.

—No tiene mas que ese Towah?

—Ciertamente que sí.... Me tiene ade

más á mí, y os digo sin presuncion, yo valgo por dos.... además, tiene un hombre de gran esperiencia y de gran valor, y este hombre tiene cierto estado en vuestro propio mundo.... un anciano....

—Será el general O'Brien, respondió Jorge.

—Dónde se han conocido?

—En Paris, en 1846.... Rosen tuvo un desafio con el hijo del general, quien murió despues en la guerra de Hungría.... El general se presentó en la noche en casa de Rosen, y le dijo: he perdido á mi esposa y no me queda pariente alguno; este hijo es lo único que me resta caro al corazon. Rosen vió atentamente al jóven, notó su vivacidad, le hizo un cumplimiento.

—Ah! murmuró el vizconde, el muchacho ha de parecerse al viejo en cuerpo y alma!

—M. O'Brien estima al conde estraordinariamente, dijo simplemente Jorge Leslie.

—Y sin duda, contestó Enrique, el conde Alberto ha tenido mucho mundo en Paris en 1846?

—Es indudable.

El vizconde respiró forzadamente.

—Es preciso abandonar ese lugar! pensó y dijo para sí mismo.

Jorge se embozó en su capa y dijo:

—Este viento es diabólico.

—Yo me quemo, exclamó Enrique que le asió de la mano: escuchad señor Leslie, no tenemos que ocultar nada el uno para el otro. . . . sabeis mi historia?

—La tengo en la punta de los dedos.

—Me teneis por miserable, no es eso?

—No por cierto! solamente os digo que no debiais haber dejado á Baltimore ántes de arreglar vuestro negocio con Rosen.

Enrique le vió asombrado.

—Ahora bien, dijo Leslie riendo, pansais reñir con mi guaker! cuando era yo vuestro vecino, allá al otro lado del rio Gila, he hecho peores cosas que vos puede ser. . . . qué hay pues en el fondo de todo esto, señor! una pequeña copa de oro conquistada y una muger robada? á fé mia que es una bagatela: dos victorias! el mal consiste, os lo repito, en que habeis dejado las cosas á medio hacer. . . . La hermosa dama tiene quien la vengue; y la copa de oro un propietario. . . . si hubiéseis dado

á un vecino una ocasion semejante, al diablo si el vengador de la dama y el propietario de la copa de oro, no estaria ya al presente bajo seis piés de tierra ó cien barazas en el fondo del mar.

—Si tal es vuestra opinion, señor Jorge Leslie, dijo Enrique que sentia aumentar sus temores en proporcion que el otro se erguia; por qué os habeis unido á Rosen contra mí?

—Porque espero mucho de vos, respondió Leslie sin vacilar.

Oh! dijo el conde; estaba seguro de eso!

Os lo probaré, querido señor, y el gasto será por cuenta vuestra.

Hasta aquí Enrique no habia tomado á lo sério el cinismo del hombre; pero de un golpe el plan de la comedia representada por Leslie, le pareció real y positivo.

En qué estaba el error! en su súbita credulidad ó en su reciente desconfianza?

M. de Villiers se dijo en uno de esos rápidos apercebimientos que vienen á iluminar el cerebro en las horas supremas.

—Este hombre ha conocido á Rosen en América, ha sabido casualmente mi aventu-

ra en la Sierra Nevada y la de Baltimore, ya se ha dicho me enriquecería en este negocio de vida ó de muerte... Rosen partió; él lo ha seguido, Rosen lo ha puesto en relación con ese viejo caballero errante de O'Brien. Cuando este hombre entró ayer en el salón de la marquesa, realmente no me conocía... y comprendo ahora por qué el general con su semblante de duda me ha venido á sentar mi epopeya californiana... he caído de un golpe en la trampa.

Se dió un golpe en la frente encolerizado; y su pensamiento se reasumió por Jorge en esa palabra que pronunció en voz alta.

—Comprendo vuestra conducta, por lo que á vos toca; pero qué miramiento tenía que guardarme el general?

—Es toda una historia, querido señor, replicó Leslie; Rosen no solo quiere la muerte del pecador... es preciso que la hija de Elena sea una rica heredera.

—Explicaos.

—No, ciertamente!... pero es anuncio para hoy la visita de ese buen general O'Brien.

—Preparad bien vuestro raciocinio, porque seré elocuente, deseo que nos circunscribamos aquí á lo que nos concierne á los dos: vos rico y yo pobre.... Sería tan indiscreto de preguntaros si amais verdaderamente vuestra nueva futura, la señorita Elena de Boistrudan?

—Antes de esta noche, no sabia yo mismo hasta qué punto me era cara, respondió el vizconde.

—Eso quiere decir que la amais.

—Ciertamente.

—Bravo! exclamó Jorge.

—Y qué os importa?

—He ganado cincuenta mil francos, respondió Jorge.

—Cómo así?

Jorge Leslie fijó el oído, y vió al derredor suyo.

—Oís algo? preguntó Enrique con inquietud.

Antes que Leslie pudiese responder, un sonido ronco y gutural se oyó de la calle de Fentelle.

—Es el viento, dijo Jorge tomando su

postura marcial; mirad hácia abajo, vamos á tener tormenta.

Una gran nube negra subia apresuradamente por el horizonte hácia el nordeste, cubriendo una á una las brillantes estrellas; la noche se hacia mas sombría, el viento venia en rudos torbellinos y mas y mas violento.

—Quereis saber por qué vuestro amor me da una fortuna de cincuenta mil francos? dijo Leslie con un tono de desinteresada alegría; quiero antes daros en un tanto, cuenta de mis impresiones; no soy hombre de mundo, y tengo muy corta vista en un salon.... no obstante, aunque soy miope, entre vuestros elegantes parisienses, ha creido ver..... pero temo heriros, señor vizconde.

—Habeis creido ver?.... repitió éste.

—Temo desagradaros.... he creido ver que la triste Elena no os corresponde como es debido.

—Señor! exclamó Enrique frunciendo el ceño.

—Véamos, dijo Jorge; yo estaba segu-

ro.... os he molestado..... hablemos de negocios, querido señor, puesto que decididamente no me gusta hablar mas que de eso.... En los negocios, por ejemplo, soy un hombre perspicaz, y vais á juzgar por vos mismo: os voy á decir en pocas palabras lo que habeis pensado, y lo que habeis resuelto desde que salísteis del hotel de Boistrudan....

—Cuando os detuvísteis en el terraplen del Puente Real, estábais ébrio; no teníais ni la sombra de una idea.... Vuestro primer cuidado ha sido persuadiros bien de que no era yo el conde Alberto de Rosen.... parte habia en favor y parte en contra: en lugar vuestro, yo hubiera vacilado mas tiempo que vos.

—He ahí vuestro punto de partida, en el momento que se ha tranquilizado vuestra imaginacion, habeis dicho: si éste no es Rosen, sí es enviado por él; y habeis notado escrupulosamente en los detalles mas insignificantes, los incidentes de esta noche.

De este exámen se saca esta conclusion: el enviado de Rosen no ha sido bastante prudente; su mision ha sido el observar, y

ha hablado; su conducta demuestra que trae una mira personal: mientras yo le escuchaba, con el corazón sobrecogido, la frente fría y húmeda, me ha arrojado extrañas miradas. . . . Su modo de hablar parecía conocido, de manera que me amedrentaba: no hablaba mas que para mí; un hombre fiel no hubiera arriesgado tan fácilmente despertarme del insomnio.

La conclusion es: M. Jorge Leslie es un valiente que fácilmente se venderá. . . . no es cierto?

—A pesar de tanta viveza. . . . comenzó á decir el vizconde.

—Sea de otro modo, interrumpió Jorge, M. Leslie es un miserable. . . . efigie de Gil Blas. . . . me va á pedir una cantidad á mano armada!

—Dios mio, señor, dijo el vizconde con desden, no he pensado tanto como eso!

—En verdad que sí, replicó Jorge, habeis ensado aun mas todavía. . . . no he conpluldo. . . . Os habeis dicho á vos mismo: con semejante hombre no hay que vacilar, voy á proponerle que me venda á su amo.

Hizo un movimiento el vizconde, Jorge lo notó, y le dijo:

—Lo negais?

El vizconde continuó en silencio.

—No negais, continuó Jorge, y teneis razon. . . . pero os asalta un escrúpulo: si él rehusa! . . . esto ya era grave: al rehusar Jorge Leslie, el señor conde de Villiers estaba á su disposicion completamente. . . . el señor conde de Villiers ha comprendido esto perfectamente, ha tomado al aventurero Jorge Leslie por el brazo como si fuese su antiguo amigo, y le ha dicho: venid! Lo ha conducido á la altura de Montmartre; hubiere sido mejor sin duda, para las miras del señor vizconde, la sabana mexicana, ó una de las soledades que se encuentran en el camino que conduce del campo de los Cuchillos de Oro al valle, y el señor vizconde tenia donde elegir! . . . Jorge Leslie no lo hubiera seguido allí indudablemente; á las cuatro de la mañana, en invierno, á diez ó doce grados de frio, la cumbre de Montmartre presenta aún abrigo para un desafio. . . una vez allí, M. de Villiers creía convenienmostrar sus dos pistolas y decir: cuánto me

pedís por hacer esto ó aquello?... en el caso, muy probable, de que acepte Jorge Leslie, ningun ser viviente sabrá el pacto... en caso que rehuse, qué sospecha posible puede haber entre el señor vizconde Enrique de Villiers y ese cadáver desconocido que se hubiera encontrado al despuntar el día, enterrado en la nieve?

—Para que es discutir eso, murmuró el vizconde.

—Mi *revolver* ha decidido la cuestion, replicó Leslie; soy de vuestra opinion: la cosa es dudosa aún.... mejor seria que no hubiera yo rehusado.... hablemos del negocio.

—Os ofrezco cien mil francos, dijo Enrique.

—Bonita negativa.... con los cincuenta mil de mas, por el amor que teneis á vuestra futura!.... eso hace siete mil quinientos luses, segun estamos acostumbrados á contar....

—Bien.... aunque desearia saber....

—Por qué dais la diferencia? es preciso deciros que Rosen es preocupado como un americano..... pretende el aplicaros ri-

gurosamente la pena del talion: le habeis quitado su fortuna y su esposa.

—El quiere despojarme de mi fortuna y de mi esposa?... esta es una buena nueva.

—Y qué valen los cincuenta mil francos, es cierto?

—Por eso es que os decidió en favor mio, replicó el vizconde; sois hombre para obrar!

—Cuando no puedo estar sosegado.

—Comprendo; me dariais un golpe de mano?

—Puede ser.... pero eso os costaria mucho dinero.

—Insisto en mi pregunta, decidme si os completo á cincuenta mil escudos.

—Enorme suma, querido señor; la igualdad de armas en ese duelo que va tal vez á principiar hoy puede ocurrir.... me compromete á mostraros hoy mismo al conde Alberto de Rosen, vuestro adversario.

—Lo veré sin ser visto? preguntó M. de Villiers.

—Si lo quereis así, así será.

Enrique reflexionó un momento.

—Y por ciento cincuenta mil francos, dijo al fin, no aumentariais algo la suma.

—Vuestra futura, replicó Leslie contando con los dedos, vuestra fortuna, vuestra vida.... cincuenta mil francos por cada cosa.... es caro?

El vizconde alargó la mano y Leslie recibió, y dijeron á una voz:

—Negocio concluido.

Después de algunos minutos la gran nube negra se hallaba ya en el zenit, la nieve empezaba á caer; la noche habia avanzado y la torre del telégrafo se perdía en la oscuridad.

Al frente de los interlocutores y al lado opuesto de una línea blanquisea que señalaba los últimos derrumbamientos se veía como un inmenso abismo.

—El pesar sucede al placer! dijo Jorge; una palabra ántes de separarnos, conocéis al señor duque de Rivas?

—El embajador del Brasil?.... mucho.... la duquesa es una de las mas hermosa señoras de Paris, con sus blondos cabellos y sus hermosos ojos mexicanos mas negros que el ébano.... Rivas se casó en Durango después de haber tonido la misma vida de

aventurero que yo.... nos hemos visto á menudo en las cordilleras.

—Qué diversion hay esta noche en casa del duque de Rivas?

—Un baile de máscaras.... al que concurrirá todo Paris.

—Cuento con vos para ser presentado á la señora marquesa, vizconde, dijo Jorge; en la embajada de Brasil es donde os presentaré al conde Alberto de Rosen.

Un grande torbellino circundaba á Montmatre en los momentos que nuestros dos compañeros se separaban, la nieve caía en abundancia llevada por un viento furioso; apenas podian andar.

Es muy larga la noche de Navidad, ninguna luz se veía aún en el oriente.

Encontraron por fin salida, y partieron.

—Hasta la noche, dijo el vizconde.

—Hasta la noche repitió Jorge Leslie.. á las doce precisamente estaré en vuestro hotel!

El vizconde se dirigió hácia la iglesia, Jorge al Castillo Rojo.

No habian andado doce pasos en rumbo opuesto cuance ya no se veian.

El huracan confundia completamente el ruido de sus pasos.

Jorge se detuvo, silbó suavemente. Una voz sorda se dejó oír como respondiéndole allá entre la sombra.

—Towah está ahí, dijo.

—Síguele el bulto! le mandó Jorge Leslie.

Towah siguió por el sendero y se colocó á buena distancia.

—Towah lo sigue ya, dijo para sí.

—A alguna distancia, contestó Jorge, Towah se encontrará con Mohican su enemigo.

El indio no pudo contener el dar un grito de salvaje alegría, y desapareció en la noche. Mientras que Jorge le decia:

—Acuérdate que ofreciste el esperar!

XV

MOHICANO

M. Benito Loyn, propietario, habitaba un local pésimo en Montmartre, calle de San Dioniso á poco andar de donde yo vivia.

Aquel pabellon no tenia en su aspecto mas que su longevidad, y sus puertas estaban cerradas con grandes barras de hierro.

Se prolongaba el muro á derecha é izquierda, sucio, mal construido, mostrando en algunas partes la falta de sólidos cimientos, y siguiendo las formas quebradas de la montaña, el reciuto del señor Benito Loyn, no dejaba de contribuir en gran parte á este aspecto triste y pobre que tiene la calle de San Dionisio.